

KARL OVE KNAUSGÅRD

---

*Bailando en la  
oscuridad*

*Mi lucha: 4*



«Naturalmente, esto no es una novela sino la purga de mi corazón»: las palabras no son de Karl Ove Knausgård, pero, a la luz de *Mi lucha*, podrían muy bien aplicársele. Y es que su serie de «novelas de no ficción» autobiográficas es tan catártica para el que la lee como lo fue para quien la escribió: es la inmitigada franqueza sin filtros del que pone su vida entera en juego la que, al vibrar en la página, reverbera más allá de ella.

Corre el tiempo, cambian las edades, los escenarios; y cuando se abre *Bailando en la oscuridad*, el cuarto volumen de la saga, Karl Ove Knausgård tiene dieciocho años y acaba de bajar del avión que lo ha colocado un poco más cerca de su destino. Que se llama Håfjord; Håfjord, un minúsculo pueblecito del norte de Noruega donde le espera un puesto como maestro, y la promesa de una paz que le permita entregarse a su recién descubierta vocación: la de escribir. Pero, tras un comienzo que promete, el desengaño: la ambición excede con mucho al talento. Y ser profesor no es tan fácil como parecía, y las tentaciones que ante él se despliegan tienen muchos rostros: el de las chicas, el del alcohol, el del aislamiento y la soledad; el del silencio. Cuando el narrador parece abocado a la crisis, cuando su relato se oscurece, el autor nos lleva consigo hacia atrás, hacia las raíces del ahora: y encuentra música y amor, escritura y vida; encuentra un testimonio de los deseos y sus frustraciones, de la dificultad de lidiar con lo heredado.

Karl Ove Knausgård escribe con luminosidad y energía, sin condescendencia, de un tiempo cargado de posibilidades e incertidumbres, de ambiciones y de tropiezos; un tiempo fundacional y definitorio, en el que el ímpetu colisiona a menudo con la torpeza. De esa oposición, de ese desajuste, emergen acordes inesperados, de una ligereza que no sacrifica la hondura por el camino: *Bailando en la oscuridad* es el episodio más grácil, raudó, bullicioso y eléctrico de la

serie, cargado de una vitalidad tan intensa y abierta como la que describe.

## Quinta parte

Mis dos maletas se deslizaban lentamente por la banda transportadora de la sala de llegadas. Eran viejas, de finales de los sesenta, las había encontrado el día antes de que viniera el camión de la mudanza entre las cosas que mi madre guardaba en el desván, y me las adjudiqué de inmediato, iban bien conmigo y con mi estilo, no del todo contemporáneo ni del todo *aerodinámico*.

Apagué el pitillo en el cenicero del poste que había junto a la pared, bajé las maletas de la cinta y salí del recinto.

Eran las siete menos cinco.

Me encendí otro cigarrillo. Nada corría prisa, no tenía que llegar a ninguna parte, no había quedado con nadie.

El cielo estaba nublado y sin embargo el aire era fresco y claro. Había algo de alta montaña en el paisaje, a pesar de que el aeropuerto frente al que me encontraba estaba sólo unos metros por encima del nivel del mar. Los pocos árboles que podía ver eran bajos y estaban torcidos. La nieve cubría los picos de las montañas en el horizonte.

Justo delante de mí un autobús del aeropuerto se estaba llenando a toda velocidad.

¿Debería cogerlo?

El dinero que mi padre me había prestado de tan mala gana para el viaje tendría que cubrir mis gastos hasta que recibiera el primer sueldo a finales de mes. Por otra parte, no sabía dónde se encontraba el albergue juvenil, e internarme por las buenas con dos maletas y una mochila en una ciudad desconocida no sería un buen comienzo para mi nueva vida.

Mejor coger un taxi.

Excepto una breve visita a un puesto que había allí al lado, donde me comí dos salchichas con puré de patata en un cuenco de cartón, estuve toda la tarde en la habitación del albergue, tumbado en la cama con la espalda apoyada en el edredón, escuchando música en el walkman, mientras escribía cartas a Hilde, Eirik y Lars. También empecé una para Line, con la que había salido ese verano, pero lo dejé después de una página, me desnudé y apagué la luz sin que sirviera de nada, la noche de verano era luminosa, la cortina naranja centelleaba como un ojo en la habitación.

Solía dormirme sin problemas en toda clase de condiciones, pero esa noche permanecí despierto. Cuatro días después empezaría a trabajar. Cuatro días después me encontraría en el aula de un colegio de un pequeño pueblo de la costa del norte de Noruega, un lugar donde no había estado nunca, del que no sabía nada y del que ni siquiera había visto fotos.

¡Yo!

Un chico de dieciocho años de Kristiansand, flamante bachiller, que acababa de abandonar la casa familiar, sin más experiencia laboral que unas cuantas tardes y unos fines de semana en una fábrica de parqué, un poco de periodismo en el diario local y un recién terminado trabajo de verano de un mes en un hospital psiquiátrico, se convertiría ahora en profesor tutor en el colegio de Håfjord.

Pues no, no conseguía dormirme.

¿Qué pensarían los alumnos de mí?

Cuando entrara en el aula para la primera clase y los viera a ellos sentados en sus pupitres, ¿qué les diría?

Y los otros profesores, ¿qué demonios pensarían de mí?

Se abrió una puerta en el pasillo, sonaron voces y música. Alguien pasó canturreando. Se oyó un grito: «*Hey, shut the door.*» Al instante, todos los sonidos fueron de nuevo reprimidos. Me volví hacia el otro lado. Lo extraño de estar

en la cama en una noche luminosa también debía de contribuir al insomnio. Y cuando la idea de que era difícil dormir se había asentado, entonces sí que resultó imposible.

Me levanté, me vestí, me senté en la silla que había frente a la ventana y empecé a leer la novela *Empate*, de Erling Gjelsvik.

Todos los libros que me gustaban trataban en el fondo de lo mismo. *Negros blancos*, de Ingvar Ambjørnsen, *Beatles*, de Lars Saabye-Christensen, *Jack*, de Ulf Lundell, *En el camino*, de Jack Kerouac, *Última salida para Brooklyn*, de Hubert Selby, *Novela con cocaína*, de M. Aguéiev, *Coloso*, de Finn Alnæs, *Lazo alrededor de la Luna*, de Agnar Mykle, los tres libros sobre la historia de la bestialidad de Jens Bjørneboe, *Gentlemen*, de Klas Östergren, *Ícaro*, de Axel Jensen, *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger, *Los corazones de abejorros*, de Ola Bauer, *Cartero*, de Charles Bukowski. Libros sobre jóvenes que trataban de encajar en la sociedad, que querían sacar de la vida algo más que rutina, algo más que familia, en suma, jóvenes que aborrecían lo burgués y buscaban la libertad. Viajaban, se emborrachaban, leían y soñaban con el gran amor o la gran novela.

Todo lo que ellos querían lo quería yo.

Con todo lo que ellos soñaban soñaba yo.

La gran nostalgia que siempre sentía en el pecho se desvanecía cuando leía esos libros, para luego volver diez veces más intensa en cuanto los dejaba. Así fue durante toda la época del instituto. Odiaba toda clase de autoridad, estaba en contra de toda esa jodida sociedad tan políticamente correcta en la que me había criado, con sus valores burgueses y su concepto materialista del hombre. Despreciaba todo lo que aprendía en el instituto, incluso lo relacionado con la literatura; todo lo que yo necesitaba saber, todo conocimiento real, lo único de verdad necesario, estaba en los libros que leía y en la música que escuchaba. No me importaban ni el dinero ni los signos de opulencia, yo sabía que el valor de la vida se encontraba en otra parte.

No quería estudiar, no quería formarme en una institución convencional como la universidad, quería viajar al sur de Europa, dormir en playas, en hoteles baratos, en casas de amigos que haría por el camino. Realizar pequeños trabajos para sobrevivir, fregar platos en un hotel, cargar o descargar barcos, coger naranjas... Aquella primavera me había comprado un libro que contenía listas de todos los trabajos pensables e impensables que se podían conseguir en los distintos países europeos. Y en lo que todo eso desembocaría sería en una novela. Escribiría en un pueblo español, iría a Pamplona y correría delante de los toros, continuaría hasta Grecia y me pondría a escribir en una de las islas, y luego volvería a Noruega al cabo de un año o tal vez dos, con una novela en la mochila.

Ése era el plan, razón por la que no me fui a la mili al acabar el bachillerato, como hicieron muchos de mis compañeros, ni tampoco me matriculé en la universidad, como hizo el resto. Lo que se me ocurrió fue presentarme en la oficina de empleo de Kristiansand y pedir una relación de todas las vacantes de profesor en el norte de Noruega.

—Me he enterado de que vas a ser *profesor*, Karl Ove —me decía la gente con la que me encontraba a finales del verano.

—No —contestaba yo—, voy a ser escritor. Pero, mientras tanto, tengo que vivir de algo. Mi intención es trabajar un año en el norte y ahorrar algo de dinero, luego me dedicaré a viajar por Europa.

Eso ya no era una simple idea, sino la realidad en la que me encontraba: al día siguiente iría al puerto de Tromsø y cogería el barco expreso hasta Finnsnes; allí cogería el autobús hacia el sur, hasta el pequeño pueblo de Håfjord, donde, según el plan, me estaría esperando el conserje del colegio.

Pues sí, me resultaba imposible dormirme.

Cogí la media botella de whisky que tenía en la maleta, fui al baño a por un vaso y me serví mientras miraba por la

ventana las casas tan extrañamente luminosas.

Cuando me desperté sobre las diez a la mañana siguiente, el desasosiego había desaparecido. Recogí mis cosas, pedí un taxi desde el teléfono público que había en la recepción y me puse a esperar fuera con las maletas, fumándome un cigarrillo. Era la primera vez en mi vida que había viajado a un lugar del que no iba a volver. Ya no había ningún lugar al que «volver». Mi madre había vendido nuestra casa y se había mudado a Førde. Mi padre vivía con su nueva mujer todavía más arriba, en el norte de Noruega. Yngve se había establecido en Bergen. Y yo..., yo iba camino de mi primer piso. Allí iba a tener mi propio trabajo y a ganar mi propio dinero. Por primerísima vez decidía sobre todos los elementos de mi vida.

¡Joder, qué bien me sentía!

El taxi apareció subiendo la cuesta, tiré el cigarrillo al suelo, lo pisé y metí las maletas en el maletero que me abrió el taxista, un corpulento señor mayor con el pelo blanco y una cadena de oro alrededor del cuello.

—Al muelle —dije, y me senté en el asiento trasero.

—El muelle es grande —dijo, volviéndose hacia mí.

—Voy a Finnsnes. En el barco expreso.

—Vamos allá.

Empezó a bajar hacia el puerto.

—¿Vas a estudiar en el instituto allí? —preguntó.

—No —contesté—. Voy a seguir hasta Håfjord.

—¿Ah? ¿Trabajas en la pesca? ¡No tienes pinta de pescador!

—Voy a trabajar de profesor.

—Ah, entiendo. Vienen muchos del sur a trabajar de profesores. ¿Pero no eres muy joven para eso? Hay que tener dieciocho años, ¿no?

Se rió un poco y me miró por el retrovisor.

Yo también me reí un poco.

—He acabado el bachillerato este verano. Supongo que eso es mejor que nada.

—Seguro que sí —dijo él—. Pero piensa en los chicos de aquí. Con profesores recién salidos del instituto. Nuevos cada año. ¡No es de extrañar que se vayan a trabajar en la pesca cuando acaban noveno!

—Ya —dije—. Pero eso no es por mi culpa.

—¡No, culpa no! ¿Quién habla de culpa? Es mucho mejor pescar que estudiar, ¿sabes? Mejor que estar sentado leyendo hasta cumplir los treinta.

—Yo no voy a estudiar.

—¡Pero sí vas a ser profesor!

Me volvió a mirar por el retrovisor.

—¡Sí! —dije.

Nos quedamos callados unos minutos. Entonces levantó la mano de la palanca de cambios y señaló:

—Allí abajo tienes tu expreso.

Se detuvo frente a la terminal, dejó las maletas en el suelo y cerró el maletero. Le pagué, sin saber muy bien qué propina darle, había estado preocupado por eso durante todo el trayecto, y lo resolví diciéndole que se quedara con el cambio.

—¡Muchas gracias! —exclamó—. ¡Y que tengas mucha suerte!

Ya se me habían ido cincuenta coronas.

Cuando el taxi se hubo alejado, me quedé un momento parado, contando el dinero que me quedaba. Aquello no tenía buena pinta, pero sería posible conseguir un anticipo al llegar, entenderían que no podía tener dinero *antes* de empezar a trabajar, ¿no?

Con una sola calle principal y muchos pequeños edificios de hormigón, seguramente construidos de prisa y corriendo, y su austero entorno de cadenas montañosas en la lejanía, Finnsnes parecía sobre todo una pequeña ciudad

de provincias de Alaska o Canadá, se me ocurrió pensar cuando unas horas más tarde estaba sentado en una pastelería con una taza de café delante, esperando a que saliera el autobús. No había ningún centro urbano, la ciudad era tan pequeña que todo tendría que considerarse centro. El ambiente era completamente distinto al de las ciudades a las que yo estaba acostumbrado, tanto porque era mucho más pequeña, claro, como porque en ninguno de sus rincones se había hecho esfuerzo alguno para hacerla bonita o acogedora. La mayor parte de las ciudades tienen un lado bueno y otro malo, pero allí parecían los dos iguales.

Hojeé los dos libros que había comprado en una librería justo al lado. Uno se titulaba *La nueva agua*, y era de un escritor para mí desconocido llamado Roy Jacobsen, el otro era *La legión de mostaza*, de Morten Jørgensen, que había tocado en un par de grupos que me interesaban unos años atrás. Tal vez no debería haberme gastado el dinero en esos libros, pero iba a ser escritor, tenía que leer, en parte porque era importante saber dónde estaba el listón. ¿Podría yo escribir así? Ésta era la pregunta que todo el rato me daba vueltas en la cabeza mientras los hojeaba.

Luego me dirigí al autobús, me fumé un último pitillo antes de subir, metí las maletas en el maletero, pagué al conductor y le pedí que me avisara cuando llegáramos a Håfjord, fui hasta la parte de atrás y me senté en el asiento de la izquierda de la penúltima fila, que era mi preferido desde que podía recordar.

Al otro lado del pasillo del autobús, en diagonal a mí, iba sentada una chica rubia y guapa, tal vez uno o dos años más joven que yo. A su lado en el asiento había una mochila, y pensé que la chica estudiaba en el instituto de Finnsnes e iba camino de su casa. Me había mirado cuando entré en el autobús, y cuando el conductor metió la marcha y el autobús abandonó la parada dando pequeños saltos, se volvió y me miró otra vez. No mucho rato, tan sólo un segundo, pero fue lo suficiente para que se me pusiera dura.

Me coloqué los auriculares y metí un casete en el walkman. The Smiths, *The Queen is Dead*. Con el fin de no molestar, durante los siguientes kilómetros me concentré en mirar por la ventana de mi lado, luchando contra cualquier tentación de observarla.

Tras una especie de zona urbanizada que empezaba justo después del centro y se extendía durante varios kilómetros, y donde se bajó más o menos la mitad de los pasajeros, llegamos a un largo tramo despoblado, completamente recto. El cielo sobre Finnsnes estaba descolorido, y debajo de él la ciudad quedaba bañada en su luz indiferente, aquí el color azul era más intenso y más profundo, y el sol, que colgaba sobre las montañas al sureste, cuyas laderas bajas pero empinadas impedían la vista de un mar que tendría que estar allí, hacía llamear el brezo rojizo, en algunas partes casi lila, que crecía en abundancia a ambos lados de la carretera. Casi todos los árboles eran pinos retorcidos y abedules enanos. Junto a mí se levantaban las montañas vestidas de verde hacia las que subía el valle, suaves, más colinas que montañas, pero las del otro lado eran escarpadas, salvajes y alpinas, a pesar de su modesta altura.

No se veía ni un alma, ni una casa.

Pero yo no había ido allí a conocer gente, había ido con el fin de tener paz y tranquilidad para escribir.

Ese pensamiento me atravesó como un rayo de felicidad.

Ya estaba en marcha, estaba en marcha.

Un par de horas más tarde, absorto todavía en la música, vi un cartel a lo lejos. Por la longitud del nombre deduje que tendría que poner Håfjord. La carretera hacia la que señalaba se internaba en la montaña, y más que un túnel era un agujero, las paredes seguían igual que cuando fueron dinamitadas, y dentro no había luz. El agua caía en tal cantidad del techo que el conductor tuvo que poner en marcha el limpiaparabrisas. Cuando salimos al otro lado, di un respingo. Entre dos largas y desgarradas cordilleras, es-

carpadas y desnudas, había un estrecho fiordo, y más allá, como una enorme llanura azul, estaba el mar.

Ahhhhh.

La carretera por la que el autobús transitaba discurría pegada a la montaña. Con el fin de ver lo máximo posible del paisaje me levanté y me cambié a la otra fila de asientos. Por el rabillo del ojo intuí que la chica rubia se volvía hacia mí y sonreía al verme de pie, con la cara aplastada contra la ventanilla. Al pie de las montañas del otro lado había una pequeña isla en cuyo interior se veían un montón de casas, y ninguna en la parte de fuera, al menos ésa era la impresión que daba desde donde me encontraba. En un puerto dentro de un malecón había amarrados unos cuantos barcos de pesca. Las montañas seguían tal vez durante un kilómetro. En la parte más cercana a nosotros las laderas estaban vestidas de verde, pero más allá se veían desnudas y grises, bajando en vertical directamente al mar.

El autobús se metió en otro túnel que parecía una gruta. Al otro lado, en una ladera relativamente clemente y suave, casi con forma de platillo, se encontraba el pueblo donde yo pasaría ese año.

Dios mío.

¡Pero si era fantástico!

La mayor parte de las casas estaban situadas en torno a una carretera que se retorció como una U a través del pueblo. Debajo de la calle más próxima al mar había un edificio con pinta de fábrica delante de un muelle, debía de ser la lonja de pescado, fuera había un montón de barcos. Al final de la U había una capilla. Por encima de la calle de más arriba había una fila de casas detrás de las cuales crecía brezo, maleza y abedules enanos hasta el punto donde acababa la ladera, y una enorme montaña se elevaba a cada lado.

No había nada más.

Sí: encima del punto en el que la calle de arriba se cruzaba con la de abajo, justo al otro lado del túnel, había dos

edificios que debían de ser los del colegio.

—¡Håfjord! —dijo el chófer. Me metí los auriculares en el bolsillo y fui hacia la parte delantera del autobús, él bajó detrás de mí y abrió el maletero, le di las gracias, contestó de nada sin sonreír, volvió a subir de un salto, y al instante el autobús dio la vuelta en la plaza y volvió a internarse en el túnel.

Con una maleta en cada mano y el saco de marinero a la espalda permanecí un instante mirando, primero hacia arriba, luego hacia abajo en busca del conserje, mientras inhalaba profundamente y llenaba mis pulmones con el aire fresco y salado.

En la casa que había justo debajo de la parada del autobús se abrió una puerta. Salió un hombre menudo, vestido sólo con una camiseta y un pantalón de correr. Por la dirección que tomó, adiviné que era mi hombre.

Excepto una pequeña franja de pelo alrededor de las orejas, estaba completamente calvo. Su cara era apacible, de facciones grandes, como suelen ser cuando uno llega a los cincuenta, pero los ojos detrás de las gafas eran pequeños e incisivos, y cuando se acercó a mí, pensé que no encajaban con el resto.

—¿Knausgård? —preguntó, tendiéndome la mano, sin mirarme a los ojos.

—Sí —contesté, estrechándosela. Era pequeña, seca y tenía algo de animal—. Tú debes ser Korneliussen.

—Así es —asintió. Sonrió, con los brazos colgando a los costados y mirando hacia el mar—. ¿Qué te parece?

—¿Håfjord? —pregunté.

—¿No te parece bonito nuestro pueblo? —quiso saber.

—Fantástico —respondí.

Se volvió y señaló hacia arriba.

—Vas a vivir allí —dijo—. Seremos vecinos. Yo vivo justo ahí, donde ves. ¿Subimos a verlo?

—Sí —contesté—. ¿Sabes si han llegado mis cosas?

Negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

—Entonces llegarán el martes —dije, y empecé a subir la cuesta a su lado.

—Si no me equivoco, tendrás a mi hijo pequeño en tu clase —dijo—. Se llama Stig y está en cuarto.

—¿Tienes muchos hijos?

—Cuatro —contestó—. Dos viven en casa. Johannes y Stig. Tone y Ruben están en Tromsø.

Mientras andábamos, yo iba mirando el pueblo. Delante de lo que debía de ser la tienda había unas cuantas personas y un par de coches aparcados. Y junto a un puesto en la calle de arriba había algunos chicos con sus bicicletas.

A lo lejos llegaba un barco.

Unas cuantas gaviotas chillaban abajo en el puerto.

Por lo demás, todo era silencio.

—¿Cuántas personas viven aquí? —pregunté.

—Unas doscientas cincuenta —contestó el hombre—. Depende de si se cuenta a los jóvenes que vienen sólo al instituto o no.

Nos detuvimos frente a la puerta de una casa de los años setenta de madera impregnada, con un pequeño porche.

—Aquí es —dijo él—. Adelante. Supongo que estará abierta. Pero te doy ya la llave.

Abrí la puerta y entré en el recibidor, dejé las maletas y cogí la llave que él me dio. Olía como suelen oler las casas que llevan algún tiempo deshabitadas. Una débil vaharada, casi como del exterior, de humedad y moho.

Empujé la puerta entreabierta del cuarto de estar y entré. El suelo estaba cubierto por una moqueta naranja. Un escritorio marrón oscuro, una mesa de salón marrón oscuro y un pequeño tresillo tapizado de marrón y naranja, también de madera oscura. Dos grandes ventanas sin travesaños con vistas al sur.

—Esto es estupendo —dije.